

- (33) Toro A., C.; Palma P., C. y López M., J.M. La formación médica de pregrado en Chile. Rev. Chil. Pediatría, 56: 61-64, 1985.
- (34) Rodríguez, C. Evaluación de los logros de la Enseñanza Media. División de Estudios U. de Chile, 1980.
- (35) Cristoffanini, A.P. Observaciones no publicadas OFEM. Facultad de Medicina, U.A.CH.
- (36) Anderson, A.J. y Botticelli, M.G. Evaluating MD-Level Competence in Internal Medicine.
- (37) Donoso I., A.; Miquel S., L. y Manríquez, A. La enseñanza de la Medicina en Chile. En (5).
- (38) Goic G., A.; Florenzano U., R. y Velasco P., C. Análisis de la formación humanística en el pregrado de la Carrera de Medicina. En (5).
- (39) Venturini R., G. y Palma P., C. Formación médica de pregrado desde la perspectiva de la práctica profesional del médico general. En (5).

NOTA BIOGRAFICA

El Dr. Alberto P. Cristoffanini es Profesor Titular de Medicina Interna y Director de la Oficina de Educación Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad Austral de Chile.

Inició su Carrera Académica en Medicina Interna en la Universidad de Chile, en 1949, inclinándose muy luego en la especialidad de Hematología. En 1958 y 1959 realiza un período de perfeccionamiento como Research Fellow en Cardeza Foundation, Jefferson Medical College, Philadelphia.

Desde 1960 se interesa en Educación Médica y participa en el estudio y promoción de un nuevo enfoque de la Enseñanza de la Medicina. En 1964 es designado Oficial de Relaciones Internacionales de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y en los cuatro años en que desempeñó ese cargo tuvo oportunidad de tomar contacto con Autoridades Médicas Universitarias y Expertos en Educación Médica de diferentes partes del orbe.

En 1969 se incorpora como Profesor Titular de Medicina Interna a la Universidad Austral de Chile. Ese mismo año es designado Director de su Escuela de Medicina, correspondiéndole planificar y desarrollar los programas de docencia clínica. Su Universidad lo reconoce como Profesor Fundador del Área Clínica.

En 1970 es nombrado Prodecano y en 1971 Decano de esa Facultad, cargo este último que ha desempeñado por más de 7 años en dos períodos. En el bienio 1972-73 ocupa la presidencia de la Asociación Chilena de Facultades de Medicina. Entre 1974 y 1975 actúa como Consultor-Coordenador de la Federación Panamericana de Facultades de Medicina para la Conferencia Panamericana sobre Recursos Humanos en Salud.

Viaja extensamente por las Américas, visitando alrededor de 40 Escuelas de Medicina. En 1980 se le concede el uso de un Año Sabático, que dedica a conocer otras 35 Escuelas de Medicina de EE.UU., Europa, Asia y Oceanía. Producto de esa experiencia es su libro "Tendencias actuales en Educación Médica".

Ha sido Consultor Internacional para las Universidades de San Carlos de Guatemala y para la OPS y FEPAFEM en varios países de Latinoamérica. Ha concurrido a seis Conferencias Panamericanas de Educación Médica y a prácticamente todas las Reuniones Nacionales sobre Curriculum y Formación de Pre y Posgrado en Medicina.

Es autor de más de 70 publicaciones en Medicina Interna, Hematología y Educación Médica, y Editor y Coeditor de 4 libros.

**Ceremonia de entrega de títulos de
Médico-Cirujano, Especialista y Magister,
efectuada en enero de 1987**

Discurso del Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Ricardo Ferretti D.



Dr. Ricardo Ferretti D.

Queridos jóvenes:

Parece sólo ayer cuando por primera vez traspasaron el umbral de la Universidad, con la cara al viento, la mente ávida de aprender, el espíritu inquieto y el corazón desbordante de amor.

Han pasado siete años desde aquel momento que los colmó de legítimo orgullo: eran "estudiantes de Medicina". En un mundo por demás competitivo, habían logrado una primera meta. Quizás en ese momento no valoraron el esfuerzo y los desvelos que los esperaban en su carrera.

Es legítimo que hoy, junto a sus familias, se sientan nuevamente felices y orgullosos, ya que han cumplido con éxito esta larga y difícil etapa.

Con la ayuda de sus maestros se han transformado en médicos y en este solemne acto académico se les hará entrega del Título que así los acredita.

No sólo ustedes y sus familias sienten la satisfacción de la misión cumplida. La Facultad de Medicina y la Universidad toda también participan de ese júbilo, al constatar una vez más la concreción de uno de sus objetivos principales y más queridos.

Durante estos siete años en la Universidad, en la Facultad y en la Escuela de Medicina, en la convivencia familiar con académicos y estudiantes, paulatinamente, se fueron transformando en médicos. ¡Qué interesante y maravillosa es esa metamorfosis! Y qué satisfactorio para nosotros los docentes haber contribuido a ella.

Empezaron por conocer la morfología y fisiología del cuerpo humano. La estructura y función

celular; aprendieron a observar la naturaleza, y luego a interrogarla obteniendo conclusiones. Aprendieron a observar y luego a interrogar al cuerpo humano, en busca de síntomas y signos. Iniciaron el diálogo con el paciente, comprendiendo luego que no sólo era cuerpo, que tenía un elemento psíquico, espiritualidad y alma.

Conocieron de la transmisión de la vida y de la compleja estructura genética. Estudiaron las enfermedades, aprendiendo a reconocerlas y curarlas. Aprendieron a consolar y a aliviar el dolor. Se informaron sobre técnicas diagnósticas y terapéuticas sofisticadas, y sobre la influencia del medio social en los problemas de la salud.

La metamorfosis se ha completado; el joven o la joven adolescente con el cabello revuelto y la cara al viento se ha transformado en un profesional, con la habilidad y destreza para sanar enfermos y aliviar el dolor.

Pero tengan cuidado con que estos conocimientos y habilidades los transforme en orgullosos y engreídos. Cuidado con creerse semidioses, porque Dios les otorgó algunos elementos para ayudar al prójimo. Cuidado con que la metamorfosis universitaria cambie vuestro candor e inocencia de niño en interesada codicia, desmedido deseo de poder, indebido aprovechamiento del prójimo, o cualquier condición que se aparte de la antología del amor y la humildad contenida en la oración del Santo de Asís.

Recuerden que quien abandona la humildad en el ejercicio de la medicina deja de ser realmente médico, pues abandona la posibilidad de comunicación con el hombre que sufre. Ejercen la profesión con mucha humildad y un gran amor al prójimo y serán integralmente médicos.

La Biblia, al mismo tiempo que recuerda la fragilidad de la condición humana: "Vulnerable como el heno, fugaz como la sombra, insignificante como gota de agua", recalca la grandeza inmensa de la vida. Ustedes han sentido el llamado a apoyarla, cuidarla y protegerla. La vida de cada hombre es única e irrepetible y, por lo tanto, digna de recibir todo el bien posible y de cuidarse hasta el extremo de las posibilidades, y esa será la responsabilidad de ustedes.

La tarea que hoy comienzan parece larga y difícil, pero día a día surgen grandes satisfacciones que enriquecen el espíritu y dan la fuerza necesaria para ser hombres de bien y enfrentar con éxito los múltiples desafíos a que nos enfrenta el hombre enfermo.

En la labor cotidiana no deben esperar que todo les sea dado. También ustedes tienen mucho que aportar, entregando entusiasmo, sus ideas, sus propios valores.

Sean siempre leales y auténticos con ustedes mismos y con los demás. Ser auténtico, es decir, fiel a lo que la propia conciencia exige, sin concesiones a los poderes mezquinos del mundo, les dará la paz interior necesaria para vencerse a sí mismos.

Sean útiles a los demás entregándoles todo su tiempo, su esfuerzo, conocimiento y capacidad y así serán felices, porque el gran secreto de la felicidad estriba en "sentir" y poder "realizarse" en una vocación que satisface el alma.

Curiosamente, en el transcurso de estos siete años de su vida universitaria, no sólo ustedes se han transformado. La Facultad de Medicina ha experimentado también una verdadera metamorfosis de crecimiento.

Cuando recién ustedes ingresaron como jóvenes estudiantes al primer año, la Facultad celebraba jubilosamente sus primeros cincuenta años de existencia y lograba su autonomía quedando libre de toda tutela para otorgar el Título de Médico-Cirujano. Ese mismo año, 1980, se inauguró el Centro de Diagnóstico en el Campus San Joaquín, que desde entonces ha crecido vigorosamente y donde ustedes han desarrollado parte importante de su formación.

Mientras cursaban el tercer año y entraban "de lleno" al hospital se elaboró un proyecto de desarrollo para la Facultad que culminó a fines de 1985, con la inauguración de una torre de hospitalización, una placa de admisión y un edificio de servicios, ampliación que casi duplica la capacidad del hospital clínico, que ha llegado a ser uno de los más importantes hospitales universitarios.

Es así como al iniciar ustedes el séptimo año de estudios, la Facultad ha cambiado de fisonomía, de tamaño, de complejidad y va en camino de consolidar su crecimiento. No obstante, los nuevos proyectos se suceden con increíble rapidez y están próximos a inaugurarse nuevas especialidades y servicios.

Este ha sido el desafío que ha enfrentado nuestra Facultad y que a ustedes les tocó vivir. Así es, queridos jóvenes, como no sólo ustedes han crecido y progresado en estos siete años, sino que la propia institución que los acogió y formó como médicos. Creo firmemente que las razones que explican esta permanente capacidad de desarrollo se deben, en primer lugar, a la identidad de todos los miembros de esta comunidad con los principios y objetivos de su institución y, en segundo lugar, a la existencia de numerosas instancias de participación y diálogo, bajo la inspiración del espíritu cristiano que debe regir en forma permanente nuestros destinos. Con orgullo puedo decir que el capital más valioso de nuestra Facultad es el grupo humano que la conforma. Es por ello que no me asiste duda de que podremos superar largamente las dificultades del presente, consecuencia lógica del proceso de crecimiento.

Queridos jóvenes, si bien en estos siete años hemos asistido y colaborado en dos trascendentes metamorfosis: la de ustedes a médicos, y la del pujante crecimiento de la Facultad, me parece que, sin duda, el cambio más importante logrado en este período es la transformación de ustedes de adolescentes en adultos jóvenes en camino hacia la madurez. Esa es la gran transformación universitaria. Ha sido en estas aulas, en estos patios y en las salas del hospital donde se ha consolidado el desarrollo somático, intelectual y espiritual de ustedes. Desarrollo que les permitirá realizar su labor profesional adecuadamente. Se cumple, así, uno de los más importantes logros universitarios: contribuir a la adecuada maduración del ser humano y a que ese cambio esté basado en el estudio, el razonamiento, el diálogo y la espiritualidad.

Así, habiéndolos transformado en hombres y médicos, les haremos entrega de su merecido Título, seguros de que no sólo están capacitados para aliviar el dolor y ejercer el arte de curar, sino también para ser constructores de la sociedad del futuro que tanto necesita de cristianos con una sólida formación moral, humanística y profesional.

También en este acto académico, la Facultad de Medicina hace entrega del Título de Especialistas y Magister a un grupo selecto de médicos, que ha completado muy satisfactoriamente su exigente período de formación de posgrado. Estoy seguro de que ellos divulgarán con su ejemplo vital no sólo los conocimientos médicos obtenidos, sino el indeleble sello que confiere a sus discípulos la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Muchas gracias

NOTA BIOGRAFICA

Doctor Ricardo Ferretti Daneri.
Ver "Educación Médica" Nº 4, 1986, p. 106.

**Discurso mejor
alumno de la
promoción 1986, Dr.
Renato Mertens M.**



Dr. Renato Mertens M.

Hoy, con esta ceremonia, finalizamos nuestra formación de pregrado, que representa nuestros primeros pasos en el aprendizaje y convivencia constantes que exige la Medicina; durante estos años hemos compartido muchas experiencias: la angustia antes de rendir un examen, nuestra participación en general escasa y por lo mismo poco exitosa en las semanas universitarias, nuestro primer enfrentamiento al paciente, los éxitos y fracasos. Y así hemos llegado a la meta que nosotros nos fijamos en un momento muy importante de nuestras vidas, momento en el que sentimos, por un lado, alegría y satisfacción y, por otro, un cierto temor a lo que nos depara nuestro porvenir profesional.

Esta oportunidad es propicia para agradecer a tantas personas que, de una u otra forma, fueron parte de nuestra formación como médicos y hombres.

En primer lugar a nuestros padres, quienes nos ayudaron y alentaron durante estos años; a nuestros maestros y docentes aquí en la Universidad Católica, en el Hospital Sótero del Río y tantos otros lugares donde la docencia es ejercida, a veces, por quien uno menos lo espera.

Nuestra formación ha sido buena, se nos ha entregado lo necesario para enfrentar con éxito, aunque no ausente de cierto temor, situaciones complejas. Nuestros conocimientos no son el mero resultado de lo adquirido en una sala de clases, son el reflejo de múltiples experiencias vividas en este tiempo; por ello me gustaría contarles, muy brevemente, una de ellas que fue de mucho valor para varios de nosotros.

Hace algunos años, un grupo de

jóvenes recién egresados, como nosotros hoy, decidieron irse como médicos generales al pequeño Hospital de Quirihue y otras localidades rurales de Ñuble.

Esta decisión no es una acción "heroica" ni tampoco implica como muchos podrían pensar el hacer Medicina con pocos recursos, significa abandonar la seguridad de lo conocido y llegar a ser para la comunidad el responsable de su salud en el más amplio sentido de la palabra, enfrentando, muchas veces solo, las más diversas dificultades.

Ser médico rural es mucho más que atender algunos pacientes por hora en una policlínica, operar una cesárea urgente o derivar un niño enfermo al hospital base.

El camino para lograr una buena salud en la población es largo y difícil. Pocos son los que se imaginan que para prevenir el embarazo en la adolescencia, con todos los problemas que conlleva esto, el primer paso sea hacer un curso de sexualidad a los profesores de estos adolescentes; o que para disminuir el alcoholismo sea el propio médico quien deba organizar un centro de rehabilitación. Ejemplos como estos hay muchos y no pretendiendo que sean reconocidos como acciones heroicas, conforman la esencia de la Medicina, que es el servicio de la comunidad. Muchas veces esta realidad pasa inadvertida ante el brillo de la agitada vida moderna, donde sólo se trabaja para obtener una mejor y mayor tecnología.

Durante este último año, algunos de nosotros tuvimos la oportunidad de conocer el Hospital de Quirihue, de participar activamente en su equipo de salud y de ver la preocupación de nuestra Escuela, no sólo en apoyo de palabra sino en hechos. La presencia de internos, que este año fue voluntaria, pensamos que sería de enorme provecho como parte de la formación para todo médico que egresa.

Es una experiencia de tanta trascendencia que cambia nuestra actitud frente al internado; éste adquirió más sentido ya que nos permitió acercarnos a la realidad de salud de nuestro país y evaluar en la práctica médica nuestra formación.

Estoy seguro de que aquellos quienes han decidido ser médicos rurales se esforzarán por desempeñarse bien y sabrán solucionar los problemas que se susciten en su trabajo diario; los que intentemos quedarnos deberemos enfrentar un Santiago ruidoso, donde se hace día a día más difícil vivir, y las exigencias de un medio cada vez más tecnificado y competitivo.

Sea cual sea la opción que elijamos, el ejercer nuestra profesión implica una forma de vida en que el eje fundamental debe ser la entrega de toda nuestra capacidad a quien lo necesite.

La situación actual no sólo nos obliga a preocuparnos del buen ejercicio de la Medicina. Desde ahora todos deberemos buscar soluciones a muchos problemas, entre ellos la grave situación laboral para los médicos que se debaten entre una policlínica periférica, profesionalmente aplastante, el abuso de algunas instituciones privadas y los programas de formación auto-financiados. Lo anterior va más allá que un adulto profesional no logre independizarse económicamente, va a un problema moral más profundo, ya que utilizando la necesidad de trabajo y perfeccionamiento se niega una remuneración digna a quien realiza un trabajo a conciencia.

La experiencia pareciera demostrar que más tarde o más temprano todos alcanzamos nuestras metas si nos esforzamos por ellas. Sin embargo, la incertidumbre no deja de estar presente.

En el día de hoy, renovemos nuestro propósito de ejercer la Medicina según nuestros principios cristianos. Tenemos frente a nosotros un gran desafío: deberemos apoyarnos en cada elemento entregado durante estos años para seguir creciendo, sin permitir que el adquirir destrezas técnicas nos haga olvidar que somos mucho más que eso.

Que los principios de nuestra Universidad Católica se reflejen en nuestra vida personal y en nuestro actuar como médicos.

Muchas gracias.

NOTA BIOGRAFICA

Dr. Renato Mertens Martin. Nacido en Santiago en 1962, cursó estudios básicos y medios en el colegio San Juan Evangelista. Ingresó a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1980. Se ha desempeñado como ayudante de Anatomía, Salud Pública y Radiología de la misma Universidad.

Ha presentado trabajos en diferentes con-

gresos y realizado diversas prácticas extracurriculares y actividades estudiantiles en FEUC. Fue el mejor egresado de la promoción 1986 y obtuvo el Premio Rodolfo Rencoret Donoso del mismo año.

Actualmente es becado de Cirugía en el Hospital Clínico de nuestro plantel universitario.

**Inauguración
del Año Académico 1987
de la
Facultad de Medicina**

La Universidad y sus responsabilidades



Dr. Héctor Croxatto R.
Conferencia Inaugural

Se me ha concedido un gran privilegio, que me compromete profundamente: representar a nuestro Rector, Autoridades, Consejo Superior y a todo el profesorado para daros afectuosa bienvenida a vosotros que este año os incorporáis a esta Universidad. Primero he de felicitaros porque por vuestro esfuerzo y dedicación habéis ganado el derecho a pertenecer a esta comunidad de estudios, a esta Casa que desde hoy es ya vuestra como lo es de sus profesores.

Quizás si la grata misión de transmitir este saludo inaugural me haya sido otorgada por la franquicia que conceden los años. En la sucesión de días y días mis pupilas han atesorado innumerables e imborrables recuerdos. Mi alma ha acumulado vivencias incomparables, compartiendo vicisitudes venturosas y adversas. Por más de medio siglo he podido siempre paladear el deleite que cada año produce el encuentro con nuevas generaciones. Savia fresca que revitaliza la tarea docente, cuya mayor recompensa la da la convicción de que cada legión de egresados ha bregado para construirse y así contribuir a que se acreciente la cultura en la sociedad en la cual se incorpora y la comunidad alcance los más altos destinos.

Estoy aquí para hablar de la Universidad, de su quehacer y de lo que implica para nosotros y vosotros, miembros de una única comunidad.

Toda Universidad desde la Escuela de Atenas, que iluminó con luz imperecedera la cultura occidental, es un ámbito *privilegiado*. Es un lugar privilegiado porque ella nació y perduró en el cultivo del saber superior y porque por su visión universalista ningún problema

del hombre y del mundo le ha sido ajeno. Pero por sobre todo, la Universidad *vive la aspiración incansable y suprema de transmitir y buscar la verdad* porque es depositaria del saber y exalta los valores que dignifican al hombre, porque pone todo su esfuerzo e interés para que en sus alumnos alcance máxima plenitud la creatividad en Ciencia, Tecnología y en las excelsas manifestaciones del Arte y la Belleza.

Esto implica una gran responsabilidad. Su adhesión intransable e inquebrantable a la verdad, su dedicación a valores que dignifican al hombre, son las virtudes que imprimen *majestad, e incommovible autoridad moral* a la Universidad. Su prestigio no puede exponerse, ni someterse a intereses subalternos ni a ideologías que, de tiempo en tiempo, intentan asediarla y que en el curso de la historia han llegado casi a desmantelarla o a perjudicar su esencia, pasando por extremos de Universidad comprometida, de Universidad vigilada, o Universidad aislada, incomunicada. La condición de ser un espacio social privilegiado le ha sido otorgada por la Sociedad de todos los tiempos, en mérito a su papel trascendente y la obtiene por prerrogativas esenciales; éstas son: su autonomía y la libertad académica.

Estas son necesarias para la libre expresión de las ideas. Sólo un clima de libertad y respeto a las opiniones hace posible el debate de conceptos que le son directrices, que sólo se apoyan en el poder de la razón, condición *sine qua non* en la búsqueda de la verdad.

Es un ámbito de búsqueda afanosa de verdades que no se detiene jamás. Pero por el debate de ideas, de conceptos, será siempre un lugar de intercambio, de enriquecimiento intelectual, pero también de inevitables discrepancias. Su autonomía y la libertad académica son dos pilares esenciales para ser genuinamente Universidad. Pero hay un tercer pilar, insustituible requisito para su integridad y responsabilidad: es la de saber mantener una neutralidad política como institución que pertenece a toda la comunidad. Esto impone el compromiso a todos sus miembros a no utilizar este ámbito privilegiado para fines subalternos, partidistas o político-contingentes, a no usar la cátedra como tribuna proselitista o de propaganda partidista.

Pertenecer a la Universidad significa no sólo expresarse en libertad, sino también en aceptar responsabilidades y tener una cabal apreciación de derechos y deberes. Me parece válido recordar la sentencia de Jefferson, uno de los eminentes estadistas y demócratas que gestó la independencia y grandeza de Norteamérica, quien escribió "El precio de la libertad es la responsabilidad".

La Universidad ha sido siempre un delicado diapasón que vibra fácilmente frente al devenir histórico de la sociedad que está en torno. Sus vibraciones pueden tener inusitada resonancia social. Resulta por esto que es un blanco apetecible para conseguir dividendos subalternos en las turbulencias políticas que periódicamente, en casi todos los tiempos, agitan a la Sociedad.

Todo lo que sus profesores y alumnos realizan como parte del sistema educacional nacional presta un servicio fundamental a la sociedad que la sostiene, contribuyendo a su desarrollo y a elevar la calidad de vida de sus ciudadanos. Esto se cumple, en gran parte, sólo por el hecho de entregar profesionales y recursos humanos capacitados, individuos calificados en todas las disciplinas del saber. Por este capítulo la Universidad es inevita-

blemente el más poderoso instrumento social para impulsar el progreso de toda la nación.

Existe, por un lado una relación muy íntima entre el nivel de desarrollo nacional y el grado de libertad para discutir, proponer nuevas ideas, la creatividad que se gesta en aulas y laboratorios de las universidades que el país ha logrado organizar.

Si la Universidad cumple con su misión esencial, que deriva de su carácter de universalidad de sus saberes y preocupaciones, quiéralo o no, ella ha de convertirse en conciencia crítica de la nación.

Se ha hablado muchas veces en sentido peyorativo que la Universidad es una "torre de marfil" aislada del ambiente circundante. Sin embargo ha sobrevivido gracias al requisito, no siempre logrado, de mantenerse aislada de estridencias, de contingencias externas que agitan a la sociedad, y de hecho, la entrega a una tarea de permanente reflexión e investigación, como hemos dicho, le exige un ambiente de serenidad y libertad.

En más de una ocasión he expresado que un país "es y será como son y serán sus universidades". De ellas surgen generalmente sus más influyentes conductores, dirigentes, estadistas, líderes y los hombres más creativos, de la comunidad entera.

Por otra parte: ¿No son acaso los maestros de escuela y de liceos que forman la Universidad, distribuidos a lo largo y ancho del país, los que transmiten a las nuevas generaciones los valores, los conocimientos, la concepción de la vida y del mundo, la filosofía del existir, productos de la mente que son elaborados, cultivados, decantados, debatidos en las aulas y laboratorios de las universidades? En cierto modo, la Universidad es a la nación entera, como lo es el cerebro a todo el cuerpo. Sabemos que el cerebro es el órgano más privilegiado de la organización biológica animal. No puede ser privado, ni por breves momentos, de algunos elementos nutricionales de sostén que son esenciales, sin producir en todo el organismo profundos deterioros. De ahí que esta institución insustituible necesita de un apoyo nacional prioritario.

Pero además deseo hablar de otro privilegio que no es de la institución, sino de vosotros, del que hace de vosotros mismos los directamente beneficiados. Vosotros habéis sido los elegidos para ingresar a ella y con ello la Universidad os brinda la exclusiva posibilidad de satisfacer vuestra más íntima aspiración, la de realizar en el decurso de vuestras vidas la vocación de ser y de hacer. Sin duda que realizar este deseo cultural constituye una suprema meta. Todo ser para ser feliz necesita experimentar en su vida un sentimiento de realización plena o creciente.

Realizarse es llegar a ser lo que uno quisiera ser, transitar sin detenerse, en esa senda que será el camino más feliz de la existencia. De hecho, llevamos en potencia, como dormida al nacer, una capacidad que es algo muy propio, que debemos estimular en toda su amplitud de aventura, de creación y de amor. Meditemos en que somos únicos, que tenemos ansias propias, que no existe una copia igual a uno mismo, ni en el cuerpo ni en la psiquis. La educación persigue, en el plano escolar, aparte de los fines conductuales, culturales y éticos, el de fomentar en el alumno una autonomía de criterio para distinguir lo bueno de lo malo, lo falso de lo verdadero, lo bello de lo feo; el desarrollar y asimilar los valores de la cultura, proporciona también algo que

es menos obvio, algo que está tácito, o que se expresa en forma metafórica o poética, que es preparar un camino para que el educando vaya al encuentro de la felicidad. La educación ha de actuar para que se consolide el concepto de que la vida, no obstante sus inevitables baches, las tristezas y desilusiones que suele deparar, vale la pena ser vivida; que la vida puede ofrecer un tesoro de inefables sensaciones, que sólo un espíritu receptivo, preparado, puede disfrutarlas.

Una definición griega clásica de la felicidad, que escuché hace años, si bien reconocía que es un intento de aproximarse a una realidad que tiene matices muy subjetivos, expresaba que ella es el estado que permite alcanzar el pleno uso de la capacidad creadora individual, capaz de avanzar por sendas de excelencia para dar satisfacción a las más caras aspiraciones del espíritu, en obras que agraden a Dios y a nuestros semejantes. La salud espiritual del hombre o de la mujer parece estar condicionada en la apreciación de que estamos en pos de llegar a una meta, o mejor en vivir constantemente la ilusión de que la estamos alcanzando.

Ahora, me pregunto: ¿Se agotaría el papel de la Universidad con la función de formar un profesional o un especialista técnicamente armado, altamente calificado, equipado concorde con el progreso científico-tecnológico de la hora presente? ¿Bastaría formar un científico, un humanista, un artista, que satisficiera todas las exigencias pragmáticas de la sociedad de hoy?

Por cierto que la Universidad no realizaría, ni menos si es Católica, en cabalidad su misión si no incorpora en sus alumnos, junto al conocimiento y habilidades, un profundo sentido del bien común, de dignidad y de respetabilidad del ser humano. Nuestro Santo Padre Juan Pablo II ha expresado con incomparable clarividencia que: *"El hombre es el hecho primero, primordial de la cultura"*. El hombre o mujer han de estar técnicamente preparados, han de tener acceso a todo el conocimiento posible, pero a su vez han de ser agentes de amor y caridad, han de aprender a aplicar la caridad de la inteligencia tal como Su Santidad lo ha repetido en sus profundos mensajes. Para alcanzar la plena realización de sí mismo, no basta estar informado, acumular los más avanzados y prodigiosos conocimientos, ni se puede contemplar pasivamente el espectáculo del Universo, si se espera disfrutar de la alegría del hacer. Pensemos que nunca como ahora ha habido mayor acumulación de conocimientos, nunca como ahora, el hombre pudo disponer de la más gigantesca red de la informática, de adquirir la información al instante, de contar a su servicio de inmensos bancos de datos. Sin embargo, nunca como ahora ha sentido, en medio de la abundancia, el aburrimiento abismante, el vacío existencial, la insatisfacción en un mundo tecnológico maravilloso y deslumbrante.

No basta conocer procesos o técnicas y explicarlas. Se puede —sólo con este conocimiento— caer en la superficialidad y el tedio; es necesario intentar comprender. Comprender es interpretar el mensaje profundo de los seres y de las cosas; a través de él podemos sentir el asombro que deriva de la incommensurable armonía y belleza que irradia del orden que el Creador puso en todo lo creado.

Cómo no sentir pasmosa perplejidad y admirar al hombre que con su genio es capaz de horadar el misterio de las cosas, develar las fantásticas construcciones que origina la vida en su unidad y diversidad, ¡aún en sus

expresiones más elementales! Pensemos en la estructura de la materia, en la complejidad del átomo y la danza misteriosa de sus partículas constituyentes, miremos con interés a la minúscula bacteria o a una ínfima célula con su casi indescriptible complejidad de usina maravillosa, que sobrepasa en armonía y perfección toda construcción e imaginación humanas.

Estar informado o conocer simplemente, no siempre equivale a percibir el elemento gratificante que arranca del sentimiento de simpatía hacia las cosas. Las cosas o los procesos que observamos no son interesantes en sí, es uno mismo el que las hace interesantes.

La educación para el "saber" habría fracasado rotundamente si en el educando no fomentamos la alegría de vivir y la felicidad en el servir, que son los antidotos del tedio, y que se sustentan en la capacidad de asombro, que uno trae al nacer como un don otorgado desde lo alto. La capacidad de asombro, como levadura del espíritu, eleva nuestra simpatía por los seres y por las cosas. Por ella no sólo advertimos su presencia, no sólo las valoramos y encontramos caminos para comprenderlas e interpretarlas, podemos también ser parte de su maravillosa historia y descubrir su pasmosa armonía. Aún las cosas más simples, deleznales, pueden estar ungidas de gracia, si percibimos que de ellas irradia un cierto halo de eternidad, aún en las aparentemente más humildes, como en una insignificante semilla, un granito de polen, un cristal en una roca, o en una piedra rústica con toda su historia geológica. Hay siempre —si buscamos— un aura, un ángel que se desprende de las cosas y que llega como algo inefable a nuestra percepción.

Esta ansia de comprender, alimentada por esta típica condición humana del asombro, necesariamente nos acerca a Dios. El que infundió el soplo vital, el soplo del espíritu, a esa construcción maravillosa que hace del ser humano algo tan único, y que misteriosamente construido tiene, sin embargo, los mismos componentes que encontramos en la tierra, en el aire o en el agua; los mismos elementos que podemos identificar en una lombriz, en un gorrión, o en una sardina. Como todos éstos, estamos formados por esas minúsculas construcciones que son las células, elaboradísimos edificios que poseen la inconmensurable complejidad del universo.

Cómo no amar, cómo no respetar a esa maravillosa construcción que es la creatura humana, tan única que cada ejemplar resulta siempre diferente. No existirá copia enteramente igual entre las que Dios ha insertado el sublime hálito del espíritu.

Para terminar quisiera que nos preguntáramos: ¿para qué busca el hombre el precioso don del saber? Esta pregunta ha sido muchas veces analizada y muchos han vertido su opinión, pero quisiera reproducir parte de la respuesta que una vez dio San Bernardo de Clairvaux, ejemplo de piedad, de santidad, que luchó por su fe y por la dignidad del hombre. Su Santidad Juan Pablo II nos relató en una de las sesiones de clausura de la Academia Pontificia de Ciencias las reflexiones de San Bernardo. Dijo así: "Hay diversos tipos de hombres de cultura que se encuentran a lo largo del tiempo. Cinco móviles pueden incitar al hombre al estudio: hay gente que quiere saber sólo para saber, ésta es una mera curiosidad; otras tratan de saber, para darse a conocer, lo que es una vergonzosa vanidad, y esos no escapan a las burlas de los poetas satíricos que decían a propósito de esta inclinación: "para ti saber no es nada, si otros no saben lo que tú sabes"; hay otros que adquieren la

ciencia para venderla, para sacar dinero u honores, su móvil es detestable; algunos quieren saber para edificar, eso es caridad; otros quieren saber para ser edificados, esto es la sabiduría. Sabiduría exige mucho saber, comprender, captar la profunda armonía y belleza de la Creación, comprender el lenguaje de las cosas humildes, porque eso nos lleva a amar superlativamente a la maravillosa creatura humana. La sabiduría se revela en la aplicación del saber, en la acción, la que ha de estar dirigida a la obtención del bien, no sólo para sí, sino también para los demás. Esta Universidad que tiene aulas, laboratorios y capillas de oración, quisiera, con la alegría del vivir, compartir siempre con ustedes esa sabiduría.

NOTA BIOGRAFICA

Doctor Héctor Croxatto Rezzio.

Ver "Educación Médica" N° 3, 1985, pág. 53.

La especialización en Medicina

Dr. Ignacio Duarte G.

Transcurridas algunas semanas desde que un grupo de jóvenes médicos iniciaron un programa de formación de posgraduados, queremos en este acto expresarles oficialmente la cordial bienvenida a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

En la vida cada persona enfrenta encrucijadas que la obligan a elegir uno entre varios caminos; toda elección tiene un componente doloroso, pues si bien es cierto generalmente se elige la senda que se considera más atractiva o conveniente, el escogerla involucra soslayar otras también interesantes. El paso de la educación media a una carrera universitaria, y luego al estudio de posgrado en un área relativamente circunscrita, significa coartar una tendencia que parece ser innata del ser humano: el querer abarcarlo todo. No obstante, como ello es imposible, en el adulto constituye un signo de madurez el fijarse un determinado repertorio de metas, para cuyo logro el individuo ha de desplegar un esfuerzo y tenacidad máximos, sin que lleguen a ser autodestructivos.

Necesidad de la especialización

En este progreso y maduración personal en el campo de la profesión, ustedes —médicos becarios— han elegido el camino de la especialización, cada vez más necesaria en Medicina debido a una serie de factores entre los que citaré: la creciente complejidad del saber y de la técnica, la concentración de grandes conglomerados humanos en las ciudades, y las estrategias de las acciones de salud en pos de una ecuación de cobertura y complejidad que ha consolidado los niveles primario, secundario y terciario de la atención médica.

Posibles deformaciones del especialista

Siendo indispensable que una proporción sustancial de los profesionales profundice en áreas precisas de la Medicina, la especialización no carece del riesgo de deformaciones, algunas de las cuales se ponen de relieve en las diversas caricaturas que se han esbozado del especialista. Mencionaré las siguientes:

La primera caricatura, que ha llegado a constituir un tópico, es la afirmación de que el especialista es el que sabe cada vez más de cada vez menos cosas, hasta llegar a saberlo casi todo de casi nada.

La segunda es la imagen del especialista que recibe a un enfermo en la consulta: le practica un examen parcial enfocado solamente al área de su particular competencia. Después de ello dice al paciente que no tiene ninguna de las enfermedades que él conoce como especialista, y lo deriva a otro especialista.

La tercera es la del médico que ha llegado a erigir en ídolos los recursos técnicos de la Medicina. Su único diálogo se realiza con los exámenes de laboratorio, con los documentos de diagnóstico por imágenes y con los trazados de los monitores, hasta que se desvanece la persona enferma, que pasa a identificarse con una simulación computacional de desajustes fisiopatológicos.

Estas tres exageraciones señalan otros tantos peligros que se ciernen sobre el especialista: la atomización del conocimiento sin un cuerpo doctrinal que lo aglutine, la fragmentación del hombre en parcelas sin atender a su unidad biopsicosocial y la deshumanización del ejercicio profesional.

Condiciones de la especialización

¿Cuáles son los elementos que, a manera de fuerza centrípeta, tienden a evitar que la especialización se aleje de su verdadero núcleo? Primero, el especialista es un médico; segundo, la especialidad involucra un saber organizado en un campo determinado de la Medicina; tercero, la especialización debe ser el fruto de un programa de educación de posgrado en una institución acreditada.

El especialista es un médico

La persona que va a especializarse es, ante todo, un médico. Décadas atrás el término "especialista" era un adjetivo que añadía alguna significación particular al sustantivo fundamental: el "médico" especialista. El uso ligero y la inclinación a la economía del lenguaje han determinado que el adjetivo "especialista" haya adquirido categoría de sustantivo: el "especialista" a secas. No debemos permitir que esta evolución un tanto frívola del lenguaje nos modifique el concepto del término.

Ser médico implica poseer una acendrada vocación de servicio a la persona humana como un todo unitario; implica además haber alcanzado una sólida formación general en medicina.

Los conocimientos, actitudes y destrezas que conforman lo que llamamos "Medicina General" se ha adquirido en los estudios de pregrado. Dentro de este proceso, deseo destacar aquí el valor de un grupo de asignaturas esenciales como: las llamadas "Ciencias Básicas Biomédicas"; el estudio de la dimensión psicológica del hombre; la antropología y ética médica; el impacto de la salud y enfermedad en la sociedad, y de ésta sobre aquéllas. Estos fundamentos, inherentes a todas las especialidades, proporcionan criterios uniformes para la sistematización del conocimiento médico y posibilitan una comunicación inteligible entre los distintos colegas.

Cuando una especialidad comienza a utilizar en exceso criterios y lenguaje eminentemente pragmáticos, no insertados en las disciplinas comunes a toda la Medicina, nos acercamos al desastre de la Torre de Babel.

Ambito de la especialidad

Por lo mismo que la especialidad involucra un saber organizado sobre determinado campo de la Medicina, la extensión de dicho campo debe ser la suficiente como para que el conocimiento de ella pueda ordenarse en torno a una "doctrina o teoría general de la especialidad", cimentada en las aludidas disciplinas básicas, y utilizando la tecnología como una herramienta subordinada a la práctica de esta teoría, y empleada al servicio de la persona enferma.

Si el ámbito de una especialidad se reduce cada vez más en otras tantas nuevas subespecialidades, se corre el peligro de que, en último término, sea equivalente a la medicina de un órgano o segmento de órgano, o al dominio de una sola técnica o instrumento: habremos llegado a una división del trabajo alienante, del todo similar a la del operario de la línea de producción de una fábrica.

Qué ofrece la Escuela de Medicina de la UC

Ustedes llegan hasta esta institución en busca de formación como especialistas. Qué nos proponemos que encuentren aquí:

Una Escuela de Medicina con planes estructurados de posgrado, debidamente evaluados. En ella esperamos que los becarios sean el motor de su propio desarrollo, bajo la supervisión y guía de académicos, cuya labor asistencial y búsqueda sistemática de nuevos conocimientos están modulados por una decidida vocación docente.

Una Escuela de Medicina con planes estructurados de posgrado, biblioteca a disposición de sus inquietudes por progresar. Una serie de cursos, conferencias, reuniones clínicas, anatomoclínicas y de investigación de las más diversas materias, que brindan a profesores y alumnos la oportunidad de mantener una perspectiva amplia de la Medicina.

En fin, una Universidad que los acoge con alegría y los invita a caminar junto a ella en procura de los objetivos que, en su reciente visita a esta Casa, sintetizara en forma admirable S.S. Juan Pablo II:

"Calidad, competencia científica y profesional; investigación de la verdad

al servicio de todos; formación de las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico, y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos".
¡Bienvenidos!

NOTA BIOGRAFICA

Doctor Ignacio Duarte García de Cortázar.
Ver "Educación Médica" N° 4, 1986, p. 114.

Otras Actividades

- **Ampliación de la Maternidad**
- **Inauguración del Servicio de Pediatría**
 - **Inauguración del Auditorio**
Roberto Barahona
 - **Despedida al Profesor**
Dr. Ramón Ortúzar Escobar

Diversos aspectos
de la ceremonia
de ampliación
de la Maternidad



**Inauguración
de la ampliación
de la Maternidad.
Discurso del Rector
Dr. Juan de Dios
Vial C.**

La inauguración de esta maternidad da motivos para reflexiones de varios órdenes distintos.

- Ella marca una nueva etapa en un largo trabajo de muchos años para instalar de modo estable y definitivo la Obstetricia y la Ginecología en nuestra Facultad. Se trata de más que especialidades médicoquirúrgicas. Se trata de clínicas básicas en la formación y la capacitación del médico, y su desarrollo es un sello de la madurez y envergadura de nuestra Facultad de Medicina. Los médicos que le han consagrado lo mejor de sus esfuerzos tienen derecho a sentirse contentos y orgullosos, y la obligación amable de dar gracias a Dios que ha bendecido su trabajo y su empresa.

- En segundo lugar, ella permite testimoniar un rasgo muy propio de nuestra Universidad, y es que ella ha vivido y se ha desarrollado gracias al aporte y a la generosidad visionaria de amigos y benefactores. Es en eso donde se mide hasta qué punto la Universidad es parte viva de la comunidad nacional. La magnífica contribución de don Carlos Vial y la Fundación San Ramón se inscribe en una tradición que ha sostenido nuestra obra universitaria: la tradición de personas que han entendido que el apoyo a la educación superior, sobre todo en aquellos puntos singulares en los que ella se junta con la atención de los enfermos, constituye una manera particularmente fecunda de hacer el bien: *ella tiene un efecto multiplicador de notable trascendencia*. No son sólo los enfermos que aquí se tratan...

- En tercer término, vale la pena destacar que el enorme progreso de la Medicina y la investigación cien-

tífica en estas áreas las ha hecho particularmente importantes desde el punto de vista del respeto y de la protección de la vida. La vida, que comienza en el instante de la concepción, se halla hoy más protegida, más ayudada, con mayores posibilidades de desarrollo sano y normal que lo que nunca estuvo. Y, por paradoja, los mismos medios que pueden ponerse a su servicio pueden usarse contra ella, y de hecho se usan contra ella, con consecuencias que envilecen al género humano. Todo el complejo conjunto de problemas éticos que rodean el proceso sagrado de la generación de la vida necesita de sitios donde se reflexione sobre él, donde se practiquen y enseñen las actitudes acordes con la moral natural y con la ley de Dios, donde la ciencia se ponga efectivamente al servicio del hombre en su integridad, trascendiendo la mera satisfacción de sus deseos y sirviendo a su más profundo sentido. Una maternidad en una Universidad Católica moderna debe ser un centro así: testimonio de valor trascendente de la vida humana, de su carácter sagrado y de su ordenación hacia Dios.

La inauguración de esta obra, a la vez docente y asistencial, testimonio de superación profesional y de generosidad y solidaridad humana de nuestros benefactores, es un motivo de regocijo para todos, una bendición de Dios para nosotros, y una ocasión para renovar nuestro compromiso universitario. Aun en medio de la incompreensión de muchos, incluso de la dolorosa incompreensión de algunos de los que son más beneficiados por esta obra, nosotros nos sentimos hondamente comprometidos a dar lo mejor de nosotros mismos, para que ella sea cada día más viva y fecunda como expresión de amor al hombre y testimonio de fidelidad a la vocación cristiana de esta Casa.

Santiago, mayo de 1987.

**Discurso del Director
del Hospital Clínico
de la Pontificia
Universidad Católica
de Chile,
Dr. Osvaldo Llanos L.**

Es motivo de alegría y satisfacción para la dirección del Hospital el poder en el día de hoy inaugurar oficialmente las instalaciones que conforman la ampliación de nuestra maternidad. Esta maternidad fue creada en 1960 hace sólo 27 años, en un hospital que está próximo a cumplir 50 años de vida. Creada con sentido visionario e impulsada por la necesidad imprescindible de disponer de campos clínicos propios de la Universidad para la investigación y la enseñanza de la obstetricia y de la ginecología. La maternidad fue creada en 1960 para la docencia, primero de los alumnos de la Escuela de Medicina, y luego de la Escuela de Enfermería, la que posteriormente desarrolló la carrera de Enfermera-Matrona. Se inauguró el 4 de octubre de 1960 con un consultorio externo de la especialidad y el 1º de febrero de 1961 se atendió el primer parto bajo este techo. Desde esa fecha se incorpora este centro a la docencia de la obstetricia y ginecología de ambas escuelas, complementado con otros hospitales por ser éste aún muy pequeño y en algunos aspectos todavía insuficiente. Se formó rápidamente así el departamento de obstetricia y el embrión pujante y vital se desarrolló dando paso luego al actual Departamento de Obstetricia y Ginecología en 1974 y al Servicio de Obstetricia en este mismo año en la reestructuración académica de nuestra Escuela. Así, posteriormente con el apoyo de otros hospitales y con el Centro de Diagnóstico para la atención ambulatoria que se agregó en 1980, se ha ido configurando un adecuado centro obstétrico donde se han desarrollado la asistencia, la docencia y la investigación clínica en forma paralela.

Sin embargo, este desarrollo inicial no fue suficiente para absorber todas las necesidades docentes de la Escuela de Medicina y de la Escuela de Enfermería y fue necesario planificar su crecimiento. Este crecimiento o ampliación de la maternidad fue incluido en el plan de desarrollo de la Facultad aprobado hace pocos años y cristalizado en la construcción de este nuevo edificio adosado a nuestro viejo hospital. Este edificio, inaugurado hace poco más de un año y cuya habilitación ha sido progresiva, ha permitido crecer a la maternidad a un tamaño adecuado a las necesidades académicas actuales. Así, se ha logrado crecer de 25 camas de obstetricia o maternidad a 55, incluidas dentro de ellas a 18 camas de embarazo patológico. Ginecología experimentó, por su parte, un crecimiento de 8 a 20 camas actuales. Además en esta ampliación que hoy inauguramos se han remodelado y habilitado nuevas y modernas dependencias de pre y posparto que permiten un trabajo clínico y docente acucioso y moderno.

También se ha remodelado y ampliado el área de pabellones y salas de parto, convirtiéndolos en modernos quirófanos adecuados para la atención de la madre y del niño.

Nuestra maternidad previa a esta ampliación tenía un promedio anual de alrededor de 1.800 a 2.000 partos. Ahora con este sustancial crecimiento se espera un promedio anual de aproximadamente 4.200 partos. Las intervenciones quirúrgicas de ginecología también han ido experimentando un incremento constante y sostenido, y en el año 1986 se ha llegado a una cifra de 650 intervenciones. Este crecimiento permitirá hacer la docencia de la especialidad en mejores condiciones a nuestros alumnos de Medicina y de enfermería-matrona. Además de la enseñanza de pregrado debo recordar que también la docencia de posgrado de obstetricia y ginecología se verá altamente beneficiada. Quisiera resaltar que este departamento de obstetricia y ginecología, pese a su corta vida, de alrededor de un cuarto de siglo, ha formado ya y entregado a la comunidad nacional a más de 100 especialistas en obstetricia y ginecología. Estos médicos están distribuidos a lo largo de todo el país ejerciendo su especialidad bajo los principios inculcados en esta Casa. Además, continuamente recibe médicos especialistas de otros hospitales que vienen a realizar períodos de perfeccionamiento en distintas áreas de la especialidad.

El crecimiento físico tanto en el hospital como en el centro de diagnóstico ha permitido dar cabida al desarrollo moderno del Departamento de Obstetricia y Ginecología, con todas sus subespecialidades, aparte de la ginecología general, las que son: reproducción humana, planificación familiar y oncología ginecológica.

Naturalmente que esto parece ser suficiente hoy, pero todos sabemos que el avance y el desarrollo intelectual y científico no tienen límites y es posible que en unos años más nuevamente necesitemos nuevos espacios para nuevos progresos científicos; así necesariamente deben ser el quehacer y el devenir universitarios.

Es muy difícil en esta hora de alegría entrar a dar los agradecimientos en forma personal e identificar individualmente a quienes han trabajado para ello, a quienes desearíamos agradecer uno por uno. Es difícil porque son tantos y al nombrarlos uno corre el riesgo involuntario de olvidar injustamente a alguno. En el desarrollo de este servicio y departamento han

participado muchas personas, médicos académicos, enfermeras, matronas, auxiliares, administrativos, etc. Quizás sin pecar contra este principio de no nombrar, debo mencionar al doctor Alfredo Pérez S., quien fue el primer motor de esta maternidad en 1960 y ha seguido haciéndolo por estos 27 años en distintos aspectos y en distintos cargos, en forma directa o indirecta con un número creciente de colaboradores.

Debo agradecer en nombre de la Dirección del Hospital y de la Facultad de Medicina a todas aquellas personas que han colaborado de una u otra manera en esta ampliación que hoy inauguramos, autoridades universitarias y de la Facultad, médicos, paramédicos, arquitectos, empresa constructora, etc.

En forma muy especial, y por eso en párrafo aparte, quiero agradecer a uno de los principales benefactores de esta obra y sin cuyo aporte desinteresado ella no habría sido posible. Me refiero directamente a la ayuda prestada por don Carlos Vial Espantoso desde la fundación en 1960 hasta ahora, en forma personal y luego a través de la Fundación San Ramón. Por todo, muchas gracias a todos.

Inauguración del Servicio de Pediatría



**Inauguración del
Servicio de Pediatría
Discurso del Rector
Dr. Juan de Dios
Vial C.**

El servicio que hoy inauguramos es un fruto más de una larga maduración de casi sesenta años de nuestra Facultad de Medicina. Fruto, pues, de generaciones de trabajo esforzado y tenaz, y que muestran hoy día un aspecto de su resultado que nos llena de íntima alegría.

Porque la Pediatría no es una especialidad médica más. Ella es la Medicina de una edad de la vida. Junto con la Obstetricia y con las Clínicas Médica y Quirúrgica, ella llega a abarcar todo el decurso de la vida humana para aportar curación, alivio, consuelo, prevención.

Nuestra Escuela de Medicina, fundada durante el largo y fecundo Rectorado de don Carlos Casanueva, recibió de ese Rector una especie de sencilla fórmula como expresión de su aspiración fundamental: la formación de médicos *de ciencia y de conciencia*. Vale la pena evocar esa fórmula inaugural frente a esta nueva realidad.

Médicos de ciencia. La ciencia para los médicos no es sólo ni principalmente la de los llamados ramos básicos, o sea, aquellos que, en una medida importante, son comunes a la Medicina y a otras dedicaciones profesionales. Importa destacar las ciencias médicas, las que tocan más directamente los grandes problemas de la patología y que se confunden en sus deslindes con la biología molecular, la biología celular, la fisiología general, etc. De esas ciencias médicas, de la inmunología, de la oncología, de la fisiopatología, etc., se nutre el ejercicio moderno de la Medicina, y eso exige las condiciones de rigor y precisión de un verdadero trabajo científico. Eso supone un esfuerzo continuado en la formación científica y técnica de personal, exige el

montaje de esa verdadera máquina de singular eficiencia que es un hospital moderno. Exige el desarrollo de un espíritu inquisitivo, de auténtica curiosidad científica, alejado por igual de la complacencia rutinaria en lo establecido y de la frívola sumisión a modas pasajeras. Exige el desarrollo de líneas de investigación, donde se nutren los conocimientos de los profesionales y se mantienen sus destrezas técnicas a punto. Necesita de personal de gran disponibilidad de tiempo, porque el trabajo en profundidad no puede ser emprendido sin ese requisito. Necesita de equipos modernos, y a menudo costosos, y de edificios adecuados.

Es obvio que esto nos pone frente a un problema central de esta obra de bien, y es el problema de financiarla. Aun en un discurso de inauguración, creo que ese problema no debe eludirse. Básicamente, estamos frente a un fenómeno que es nuevo en la historia casi milenaria de las universidades. El trabajo universitario, si se lo quiere mantener en el nivel que le corresponde, se hace enormemente costoso. No ocurría así hace cincuenta años. No ocurría tampoco cuando se fundó este hospital, y los médicos de mi generación recordarán la sencillez de dotación con que se podía hacer un trabajo médico muy estimable. Pero en todas partes del mundo ha ocurrido lo mismo: los costos de trabajo universitario han subido a niveles que eran impensables hace poco tiempo; y en todas partes del mundo las universidades y los sistemas universitarios afrontan el desafío de cubrir esos costos, y para ello hay que desplegar imaginación y decisión. No es suficiente ni sensato pensar únicamente en recursos fiscales y menos podría pensarse así en universidades particulares que no deben depender incondicionalmente del Estado, como es el caso de una Universidad Católica, que ejerce su acción en virtud del derecho de la Iglesia a educar y en virtud de la capacidad que demuestre de servir a la comunidad no sólo con igual, sino con mayor eficiencia que sus congéneres.

Pero el problema de los costos tiene una incidencia directa sobre otro aspecto básico que es el de la atención médica de los pobres, obligación que debe afrontar el servicio que hoy inauguramos, y que ya lo está abordando, intentando caminos novedosos que permitan financiar la atención de niños procedentes de familias de escasos recursos. Una acción solidaria mancomunada de la Universidad y de la comunidad puede permitirnos mucho progreso en ese camino.

Estas consideraciones sobre costos explican por qué sentimos tan profundamente la deuda de gratitud hacia aquellos que han hecho posible la realización de esta obra y que están interesados en mantenerla en el tiempo. Ellos nos hacen ciertamente un gran bien; también se lo hacen a nuestros enfermos y, por lo tanto, a toda la comunidad nacional. Pero, además, ellos representan la avanzada en la toma de conciencia de esta necesidad de venir en ayuda de obras de tan costosa tecnología puestas al servicio del hombre.

Médicos de conciencia. Ese era el otro pilar que pedía para nuestra labor formativa don Carlos Casanueva. Conciencia significa primeramente adquirir una clara visión de sí mismo y de los demás, de las relaciones recíprocas y de las obligaciones.

Pero esa visión sólo puede ser clara y ser auténtica y completa si ella no deja fuera ningún aspecto esencial del hombre. Sobre este asunto ha insistido el magisterio de Juan Pablo II, continuando y desarrollando la enseñanza del

Concilio Vaticano II, que expresaba la Constitución *Gaudium et Spes*: "Sólo en el misterio del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre". Es cierto que no tenemos sino palabras humanas para referirnos a Dios; pero también es cierto que sólo la Palabra Divina es adecuada para comprender al hombre.

En un servicio de pediatría, resulta particularmente iluminador mirar esta obra humana desde la perspectiva de la natividad y la infancia del Señor. La Revelación nos enseña que el acto de recibir un niño y de ayudarlo es un acto trascendental y comparable al de recibir la persona y el mensaje de Jesús. "Lo que hiciéreis a uno de estos hermanos más pequeños, a Mí me lo hacéis".

Hemos oído y sabemos que la preocupación cristiana por el hombre no se ha de limitar a lo espiritual, sino que ha de abarcar al hombre entero. Esto es cierto. Pero sólo puede ser una verdad fecunda en nuestras vidas a condición de que recordemos la noción simétrica, de que en ninguna actividad humana nos es lícito preocuparnos del lado material de la vida y olvidar su dimensión espiritual. Hay una dimensión espiritual esencial, definitoria, aun en el ser humano que no ha nacido y que, en el seno de su madre, está enteramente entregado al amor y al respeto de los demás. Hay una dimensión espiritual en el recién nacido, en el niño pequeño, el adolescente, el adulto y el anciano. Sólo quien la descubre y se compenetra de ella, llega también a comprender el sentido de las cosas materiales que debe cuidar. A la inversa, el que ignora esa dimensión espiritual se está acercando a un hombre incompleto, a una realidad mutilada.

Esa dimensión espiritual se manifiesta tanto en la salud como en el dolor y la enfermedad del niño, y hay que recordar que no es medicina digna de la integridad del hombre la que no sabe del sentido del sufrimiento y de la muerte. Ese sentido tiene mucho de misterio, como el del Verbo Encarnado, en el cual él se empieza a aclarar. Porque misterio no significa secreto, sino un camino callado hacia una más honda realidad.

Como cualquier lugar dedicado al cuidado del niño, éste, en el que nos hallamos, es como un reflejo de la gruta de Belén o la casa de Nazaret. Desde aquella realidad de entrega y aceptación por amor, podemos empezar a entender el sentido profundo de todo este despliegue de talento profesional y de recursos técnicos y de equipamiento y, en la medida en que esto sea efectivamente un reflejo de aquello, ayudará a formar inteligencias y corazones en una clara conciencia de la misión del médico.

Y nuestra Universidad podrá pensar que está cumpliendo el programa de formar médicos de ciencia y de conciencia.

**Discurso del Decano
de la Facultad
de Medicina,
Dr. Ricardo Ferretti D.**

Con la inauguración del servicio de pediatría de nuestro Hospital Clínico, se alcanza una de las grandes metas que nuestra Facultad ha tenido en los últimos 10 años: Albergar dentro de nuestras dependencias docente-asistenciales esta rama fundamental de la Medicina.

Todo desarrollo tiene su historia, y el dar una mirada a la historia pasada ayuda a comprender e iluminar el presente y a mirar hacia el futuro. La pediatría en nuestra Facultad estuvo presente desde sus inicios en la década de los años 30, a través del distinguido pediatra profesor don Luis Calvo Mackenna, quien fuera el segundo decano de ella desde el año 1932 al 1938. El junto a un grupo de personalidades pioneras, motivadas por su compromiso cristiano, su vocación médica y científica, vislumbraron, creyeron y dedicaron sus mejores esfuerzos al ideal de formar una Facultad de Medicina completa en nuestra Universidad Católica.

Sin embargo, en los primeros años la enseñanza de la pediatría tuvo que hacerse en la cátedra de pediatría del profesor Aníbal Ariztía en el Hospital Calvo Mackenna.

En 1955 nuestra Escuela pudo tener la primera cátedra de pediatra, la que fue formada y dirigida por el profesor Julio Meneghello, en el Hospital Arriarán, y luego en el Hospital Roberto del Río. Sus primeros ayudantes fueron los Dres. Enrique Fanta, Jorge Rosellot y Alejandro Manterola. La labor del Dr. Meneghello, profesor de pediatría de las Universidades de Chile y Católica es ampliamente conocida. Durante 14 años nuestros alumnos de pre y posgrado se formaron en esta cátedra que fuera modelo dentro de Latinoamérica.

En 1969, a raíz del convenio docente asistencial con el área sur oriente, la cátedra de pediatría de nuestra Escuela continuó su desarrollo en el Hospital Sótero del Río, bajo la dirección del Prof. Augusto Winter, a cuyo esfuerzo y tesón se debe en gran parte el progreso de la pediatría en ese hospital, en el cual se siguió impartiendo la docencia de pre y posgrado. Aprovechamos esta ocasión para expresar nuestro agradecido reconocimiento a los dos profesores nombrados, por el valioso aporte que hicieron a nuestra Escuela en la enseñanza de la medicina infantil.

Sin embargo, la meta de nuestra Facultad era contar con una pediatría albergada en nuestras propias dependencias, al igual que las otras grandes ramas de la Medicina ya incorporadas: Medicina interna, cirugía y obstetricia. La experiencia mostró que éste era un imperativo, para lograr una mayor autonomía docente, un progreso continuo y sostenido, así como una mayor integración de la medicina infantil dentro de nuestra Escuela de Medicina. La incorporación de las diversas áreas de la pediatría ha sido progresiva. En 1978 se reorganizó la Unidad de Recién Nacidos, transformándose en el primer Centro de Cuidados Intensivos Neonatales de nuestro país. En 1983 se creó la Unidad de Pediatría Ambulatoria en el Centro de Diagnóstico de nuestro Hospital, impulsado por el jefe de departamento de ese entonces, Dr. Jorge Torres. Actualmente esta unidad proporciona 20.000 consultas anuales y es la base para la docencia e investigación en el importante campo de la pediatría ambulatoria.

El Servicio de Pediatría que inauguramos hoy, es un paso fundamental en esta línea, fruto de los esfuerzos de varios años de trabajo tenaz y dedicado, por parte de la Escuela de Medicina y su Departamento de Pediatría. A éste, sumó el generoso aporte de numerosos benefactores nacionales y extranjeros, que permitieron la habilitación del servicio, y la configuración de una planta física apropiada. La incorporación de este servicio a nuestro Hospital Universitario, marca un hito histórico en su desarrollo, y cristaliza la estructura definitiva por la cual se desarrollará la pediatría en nuestra Escuela de Medicina. El Departamento de Pediatría pasa a tener su sede y centro de actividad en las áreas clínicas y académicas de nuestra Casa de Estudios. A esto, hay que agregar como complemento indispensable para la enseñanza de pre y posgrado la reciente formación de la Unidad Docente Asociada de Pediatría en el área suroriental, de la cual favorecerá la integración docente-asistencial con el Hospital Sótero del Río, y estimulará ahí el progreso de la docencia.

El servicio que se acaba de inaugurar tiene, a mi juicio, algunas connotaciones que quisiera resaltar:

- Pretende conjugar los adelantos de la pediatría moderna con las necesidades psicológicas y afectivas del niño. El ejercicio de la medicina infantil es un arte que requiere, junto al conocimiento científico de los problemas de salud, la percepción de que éstos están ligados por la misma naturaleza de su condición a su grupo familiar, dada la imposibilidad que el niño tiene para valerse por sí mismo; la importancia del ambiente, del hogar y de la comunidad que lo rodean, adquiere una trascendencia decisiva. Por eso es que en la organización de este servicio se ha hecho especial consideración de estas necesidades, tanto en el diseño de la planta física y su decoración, como el dar el máximo de facili-

- dades a los padres para el contacto con su hijo enfermo, así como una formación del personal en este sentido.
- En segundo lugar, quiero señalar que dentro de las cuarenta camas que forman el servicio, hay seis dedicadas al cuidado intensivo pediátrico. La terapia intensiva general ha evolucionado en forma rápida en los últimos años. Ella requiere de un personal altamente calificado, y la utilización de las tecnologías más avanzadas, puestas al servicio de la Medicina. Tanto el servicio como la Unidad de Cuidado Intensivo están a cargo de médicos de reconocido prestigio en la especialidad y cuentan con el apoyo de un avanzado equipamiento tecnológico, algunos de los cuales se incorporan por primera vez en Chile.
 - En tercer lugar, el hecho de que este servicio esté dentro de un hospital universitario, en que está sólidamente desarrollada la medicina de adultos y sus especialidades, creemos que significará un enriquecimiento mutuo para las distintas disciplinas. La pediatría es como la medicina interna, aplicada al período del crecimiento y desarrollo, es la totalidad de la medicina, aplicada a un período de la vida, caracterizado por el incesante desarrollo morfológico y maduración funcional, lo que determina que deba enfrentar tanto enfermedades que son propias del niño, como las que son comunes al adulto, pero que en la infancia adquieran matices particulares. Más aún: en el niño aparecen síntomas que pertenecen a la etapa epidemiológica inicial y a la primera fase de las enfermedades propias de la edad adulta. Esta integración la creemos positiva, tanto desde el punto de vista de los docentes como del alumno, favoreciendo la idea unitaria del hombre y su salud, que tiene una continuidad desde la concepción hasta la vejez.
 - Por último, debo mencionar que la iniciativa de uno de nuestros amigos cooperadores, de construir un fondo mensual para la atención de niños de escasos recursos, corresponde al espíritu de esta Facultad y de sus fundadores. Este alcanza actualmente a la suma de cien mil pesos mensuales, y en la medida que se acrecienta, podrá favorecer a un mayor número de niños, de familias de recursos muy limitados. Hasta la fecha ya hay tres niños que se han beneficiado de este fondo. Uno de ellos, un lactante de dos meses, en el que era necesario colocar un marcapasos, debido a que presentaba un bloqueo auricular completo.
 - Si bien hoy tiene lugar la inauguración oficial y bendición de este servicio, éste comenzó a funcionar en forma progresiva desde el 30 de marzo del presente año, bajo la acertada dirección del Dr. Humberto Soriano. Esto era necesario que fuera así, ya que exigía la adecuación de distintas áreas de la infraestructura del hospital para la atención de los niños enfermos. De especial importancia es el entrenamiento apropiado del personal de enfermería, en el cual se cuenta con el valioso apoyo de nuestra Escuela de Enfermería. En este corto período, en el mes de abril, hubo veintiocho egresos y ciento doce consultas, en las nuevas instalaciones destinadas a urgencia pediátrica, en el 1^{er} piso del hospital. En mayo aumentaron a treinta y cinco egresos y doscientos ocho consultas de urgencia. En el curso de los próximos meses está programado llegar a la ocupación completa de sus cuarenta camas.

No podría terminar mis palabras sin mencionar que lo más decisivo en el

funcionamiento de este servicio son las personas que en él trabajan y trabajarán. El elemento humano es lo más importante y lo que le da espíritu a las obras materiales. El Departamento de Pediatría tiene un programa de formación de sus académicos, tanto en Chile como en el extranjero. Seis profesionales han salido en los últimos tres años a formarse en diversas áreas de la pediatría en USA. Tres de ellos ya han vuelto. Los problemas de la pediatría han ido cambiando en su importancia, en consonancia con el desarrollo del país y el progreso de la pediatría.

Nuestra Escuela pretende un armónico desarrollo de la pediatría general, junto a sus subespecialidades, las cuales con el tiempo cobrarán cada vez más importancia. Esto no significa descuidar los aspectos fundamentales de prevención y promoción de la salud del niño, que deben tener siempre un lugar prioritario.

Es muy difícil en esta hora de alegría agradecer en forma personal a quienes han trabajado y hecho valiosos aportes en la organización y habilitación de este nuevo servicio. Sin embargo, la colaboración y compromiso de todos ellos ha estado vinculada y motivada por una persona, que quisiera destacar muy especialmente, por el gran cariño que ha puesto en esta tarea. Me refiero al Dr. Patricio Ventura-Juncá, jefe del Departamento de Pediatría, quien con su energía, empuje y dedicación ha hecho posible que esta obra llegue a feliz término. A él nuestros agradecimientos.

A todos, muchas gracias.

**Inauguración
del Auditorio
Profesor Dr. Roberto
Barahona Silva.
Discurso del
Dr. Ignacio Duarte G.**



Dr. Roberto Barahona S.

Al cumplirse cinco años del fallecimiento del Dr. Barahona, nos reunimos para dedicar este Auditorio en su memoria, y rendir así un homenaje a un académico que iluminó con particular brillo la historia de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Roberto Barahona Silva, personalidad avasalladora, hombre recto, cristiano, humanista, biólogo, médico, patólogo, buen consejero, defensor apasionado de la autonomía de la Universidad y, por sobre todas las manifestaciones de su rica individualidad, maestro indiscutible de generaciones de estudiantes de Medicina. Esta es la faceta que determinó el consenso cuando recientemente se planteó la conveniencia de dar un nombre de hondo contenido simbólico y orientador al aula que nos congrega.

Siguiendo el imperativo de su vocación docente, el profesor Barahona consideró la enseñanza de posgrado como una necesidad acuciante. En ese campo, él mismo fue formador de médicos especialistas, creando una escuela de pensamiento anatomopatológico en nuestro país. Muchos de los discípulos que maduraron como patólogos bajo su tutoría, al mismo tiempo exigente y bondadosa, han llegado a ocupar situaciones de liderazgo en Chile y en el extranjero.

No conforme con ser modelador de nuevos patólogos e impresionado por la falencia de la especialidad, inspiró e impulsó ante el Ministerio de Salud un plan nacional de formación de médicos anatomopatólogos, que ya ha empezado a solucionar las demandas de los más importantes hospitales a lo largo de nuestra geografía.

Sin embargo, quien piensa en

un aula piensa sobre todo en la enseñanza de pregrado. No cabe duda de que el prestigio del Dr. Barahona como profesor se fundamenta de un modo especialmente destacado en su docencia de pregrado, impartida con una entrega casi sacerdotal, durante varias décadas, en la cátedra de Patología General y Anatomía Patológica de esta Escuela de Medicina.

Resulta especialmente aleccionador hoy día recordar alguna de las características de la actividad del Dr. Barahona en esa área:

En primer lugar, él siempre procuró un equilibrio entre los aspectos teóricos y los aspectos prácticos. En la época en que él se encargaba personalmente de todo el curso, la docencia práctica ocupaba la primera y más importante parte del horario. Cuando aumentó el número de alumnos y se hizo necesaria la participación de más docentes, siempre insistió en que la enseñanza práctica es la más fructífera, y la que más responsabilidad involucra; por eso exigía que ella estuviera a cargo de los académicos de mayor experiencia.

Tanto en su acción directa durante muchos años, como en la planificación de los cursos, le preocupó que en las clases teóricas participara el menor número posible de docentes, con el objeto de preservar a toda costa la unidad doctrinaria y conceptual de la asignatura.

Recuerdo que cuando yo recién iniciaba, en compañía de otros jóvenes médicos, un programa de formación como anatomopatólogo, a mis compañeros y a mí nos pareció natural asistir a las lecciones que el Dr. Barahona dictaba a los alumnos de 3^{er} año de la carrera de Medicina. Al terminar la primera clase nos llamó y nos dijo que prefería que no asistiéramos, porque la enseñanza de pregrado requiere necesariamente simplificar la materia, esquematizarla para que los alumnos aprehendan lo fundamental, y que dicha simplificación involucra algún grado de distorsión de las cosas tal como son en la intrincada realidad. Aquí se desprende un elemento importante de su concepción de la docencia. La enseñanza de pregrado y la de posgrado son radicalmente diferentes. La meta de los estudios de pregrado es comprender los conceptos básicos; la de los estudios de posgrado es dominar la complejidad de los múltiples factores que se entrelazan en el hombre vivo aquejado por la enfermedad.

Cuando ya formados como médicos anatomopatólogos colaboramos con él en la docencia, a menudo nos preguntábamos por qué sólo se trataban algunos temas que ya eran clásicos en su curso. Por qué no se podía abreviar algunos capítulos e introducir las materias que faltaban, para que los contenidos abarcaran la patología de todos los órganos y sistemas. El tiempo dio la razón al Dr. Barahona: tanto la declaración de principios de nuestra Escuela, elaborada en 1977, como los acuerdos recientes de organismos colegiados de la Facultad, han ratificado que en la docencia de pregrado deben escogerse aquellos modelos que permitan la comprensión de los mecanismos básicos, el ejercicio del razonamiento y la aplicación del método científico.

De tiempo en tiempo se suscita entre nosotros la discusión acerca de qué es un maestro, de si existen aún verdaderos maestros en la enseñanza de la Medicina: siempre en tales ocasiones la figura del Dr. Barahona resalta como ejemplo esclarecedor. ¿Acaso sus ex alumnos lo proponen porque recuerdan en detalle cada una de sus enseñanzas anatomopatológicas? ¿Acaso se sienten deudores de él porque manejan habitualmente el diagnóstico diferencial del

gran riñón blanco y del pequeño riñón rojo, la conceptualización de un coristoma frente a un hamartoma, o el significado de los experimentos de Prinzmatal, tal como él explicaba? Ciertamente no es así. El sello que el Dr. Barahona esculpió en nosotros, sus alumnos de Medicina, es el resultado de un carácter de la docencia de pregrado que él encarnó en grado superlativo, y que sintetizamos en el lema “predominio de la formación sobre la información”.

Todo contacto con él era formativo: al iniciar invariablemente su clase a la hora exacta, nos enseñaba el valor de la puntualidad. Al echar cerrojo a la puerta a la hora de comenzar su lección, nos inculcaba el respeto a las personas, no importunándonos con el ingreso extemporáneo a la sala. Con método *sui generis* nos acostumbró a que la clase es una instancia activa de ver, escuchar y esforzarse en comprender, y no para recibir pasivamente, ni para entrenarse en una taquigrafía automática y sin sentido.

En sus prácticas de macroscopia nos enseñó el empleo del lenguaje apropiado, la importancia de la observación y descripción metódica y objetiva; la diferencia que medía entre la observación y la interpretación de lo observado a la luz de conocimientos teóricos ordenados en una doctrina general.

En sus clases, junto con hacernos entender la importancia fundamental de la patología, nos mostró que ella es solamente una parte de la Medicina, y la Medicina sólo una parte del quehacer humano. Nos dio ejemplo una y otra vez de cuán vital es mantener una actitud crítica frente a lo publicado en los textos; de la necesidad de despojar la verdad de la hojarasca que la oculta o la disfraza; de que para comprender todo el significado de las grandes ideas es imprescindible conocer la génesis y evolución histórica de ellas. Julián Marías ha acuñado una frase, que pienso retrata fielmente al Dr. Barahona, cuando escribe: “Muchas veces he dicho que la única justificación de los profesores es que pueden contagiar el pensamiento a los estudiantes, y esto sólo puede hacerse pensando ante ellos, con ellos”.

Ese es el sentido de las lecciones que el Dr. Barahona preparaba metódica y largamente. Ese el mensaje cuya transmisión, aún en la cúspide de su carrera, lo hacía sentirse vivamente inquieto antes de ir a reunirse con los alumnos. Esa la magnitud de la misión genuinamente universitaria que el profesor Barahona cargaba sobre sus hombros cuando cada día, a las dos en punto de la tarde, entraba en la sala de clases, no para simplemente “pasar la materia”, sino para cumplir una tarea de mucha mayor envergadura y profundidad: formar médicos, formar personas.

La gratitud de los que ayer fuimos sus alumnos y hoy procuramos seguir sus pasos en la docencia, se simboliza hoy en este sencillo pero sincero acto: dedicar en su memoria... una sala de clases.

**Inauguración
del Auditorio
"Profesor Dr. Roberto
Barahona Silva"
Discurso del Dr.
Benedicto Chuaqui J.**

Al cumplirse cinco años del fallecimiento del profesor Roberto Barahona las autoridades de la Facultad han querido dejar grabado material y públicamente el nombre de este eximio maestro justamente en una sala de enseñanza. Es una muestra de reconocimiento de la Facultad en cabal representación de la gratitud de nuestra comunidad por este académico ejemplar. Gratitud, ese sentimiento del hombre que a través del cultivo de su espíritu se hace especialmente sensible a la acción benefactora de otros hombres. La obra de bien, hecha por el profesor Barahona sigue y seguirá estando a la vista y sirviéndonos de fuente de progreso. Está ahí objetivamente, se la ha mencionado, la podemos seguir describiendo, sistematizando, detallando. En lo fundamental, es conocida. Lo que tal vez quepa destacar ahora es un aspecto de cómo la realizó. Parte de ella se generó como producto del desarrollo de su persona, y, en verdad, rara vez el perfeccionamiento individual deja de traducirse en algún beneficio común, especialmente en hombres de tantas dotes como el profesor Barahona. Pero una buena parte de esa obra surgió, a mi modo de ver, de una acción que primariamente, quiero decir sin mediar el natural afán de perfeccionamiento personal, estaba dirigida a hacer el bien común. Creo que este enfoque, ahora que hablamos de gratitud, merece nuestra atención, porque de ser así, como pienso, una tal actitud está definiendo una categoría especial de hombres, la de aquellos capaces de posponer parte de lo suyo en pro de la consecución de un bien común. De paso, una observación de interés para nuestra comunidad: en las sociedades de la

antigüedad clásica, en la griega y en la romana, el concepto de verdadero ciudadano correspondía precisamente a esta categoría de hombres, hecho que conocen bien los que saben de historia. Pero de ello hay también otros testimonios: el lenguaje. Veamos $\tau\alpha\iota\delta\iota\alpha$ quiere decir “las cosas propias, los asuntos personales. Idiota significaba entonces “el particular, el que se ocupaba sólo de sus asuntos. Esta otra categoría no tuvo trascendencia en la conducción de esas sociedades. En plena Roma Imperial el sentido del cumplimiento del deber público llevó a decir a Séneca que: “estudiamos no para la vida, sino para la escuela”. Este es el lema original, el estoico, hoy casi desconocido después que se acuñó el enunciado renacentista, que dice justamente lo inverso. ¿Con cuál de estas versiones se hubiera identificado el profesor Barahona? En mi opinión, con ninguna, sino con otra que dijera que la escuela es parte de la vida. De ahí entendemos que pusiera igual afán en el estudio personal que en el trabajo por el bien común, por los intereses académicos generales, digamos, por los deberes públicos del académico. Así comprendemos que lo hayamos conocido como luchador ineludible por ideales atinentes a su disciplina, a la enseñanza de pregrado, a la formación de patólogos, a la Facultad de Medicina, a la Universidad, a la investigación científica, al Cuerpo Médico y a la Medicina en general. Ciertamente fueron muchas las horas que dedicó a los demás y tantas que apenas puede sospecharse cuán fuerte, lúcido, bondadoso y rico tenía que ser su espíritu para sostener, además, a tantos otros. El secreto de que no se le planteara el dilema entre esas dos almas —la estoica y la renacentista— tenía que residir en haberlas refundido en una sola: en sentir el bien común como algo suyo.

Pero no estamos agradecidos y admirados sólo por la obra del profesor Barahona, lo estamos principalmente por su persona. Los que conocieron su corazón, lo recuerdan además con profundo afecto. Recordar pareciera ser retroceder. Pero Goethe nos dice: “Sigue a la mente de un maestro, caminar con ella es avanzar”. Digamos, entonces, algo más de lo que pensaba de la anatomía patológica y recorramos algunos caminos de los que nos dejó señalados. Pensaba que en este vastísimo campo, situado en plena encrucijada entre las ciencias naturales y la Medicina, podían tomarse legítimamente rumbos distintos según la inclinación natural del caminante. El punto de partida debía enfocar siempre el estudio de la enfermedad a través de sus manifestaciones morfológicas. Pensaba sí que aun teniendo fija esta mira, al patólogo se le ofrecían diversos caminos. El patólogo podía ir recorriéndolos todos o podía detenerse en alguno por mucho tiempo. Uno de ellos conduce a los territorios vecinos a la clínica. Aquí el patólogo se esmera en precisar el diagnóstico y en sopesar su valor anatomoclínico, trata de comprender el diagnóstico dentro del contexto de todas las manifestaciones mórbidas, incursiona en la clínica misma, en la fisiopatología, en la fisiología, en la bioquímica. Y así va depurando el diagnóstico de lo superfluo, de las alteraciones morfológicas puras aparentemente intrascendentes, y se va quedando, en cambio, en lo posible con lo específico, con lo importante para un pronóstico y tratamiento. Otrora fue este caminante el médico tal vez más versado, la autoridad médica indiscutible. Entonces, la publicación más importante de patología se llamaba “Archivos de anatomía patológica, de fisiología y de medicina clínica”. El peso de esta tradición aún se palpa claramente en algunos países. Entre nosotros, más cercanos a la realidad

actual, el patólogo, por muy ventajosa que siga siendo su posición, ya no persigue la meta de adquirir esta visión integral caminando solo, hoy lo hace en compañía del fisiólogo y del clínico. En medio de este camino encontramos el significado del diálogo anatomoclínico y el problema de un substrato morfológico de las enfermedades. ¿Qué pensaba de este problema el profesor Barahona? El no aceptaba el principio, nacido de la obra de Morgagni, de que toda manifestación de enfermedad ha de tener un correlato morfológico. En verdad, son muchos los ejemplos que pueden darse hoy día de la falta de una tal correlación, especialmente si se consideran síntomas aislados. Pero aquí también está el caso de diversas enfermedades mentales. Está claro que es posible mantener el principio aludido atribuyendo los fracasos en la búsqueda de un substrato morfológico, a insuficiencias contingentes del método, en favor de lo cual pueden citarse otros tantos ejemplos de alteraciones morfológicas descubiertas recientemente y consideradas hoy el substrato morfológico de enfermedades. Pero no es necesario plantear el problema como una cuestión de principio, más bien cabría buscar un fundamento en uno u otro sentido.

En fin, hasta aquí, una senda que puede seguir el patólogo. Otro rumbo, decía el profesor Barahona, convierte la anatomía patológica en una disciplina autónoma, en una especie de ciencia natural, guiado por el estudio de la forma y de cómo ésta puede alterarse. Aquí se ve que son los conceptos directrices los que definen una disciplina y sus métodos. El microscopio, en apariencia un método y propiamente morfológico, no decide por sí solo. Son las ideas que están en la mente del que lo usa, las que hacen que éste sea un patólogo, un fisiólogo o un clínico. Es, en buenas cuentas, la manera de pensar la que determina cómo y para qué se use el microscopio.

Pero éste es un sendero solitario, que se pierde en el misterio de la forma. La forma, que parece una propiedad nueva, inaparente en las partes aisladas, y emergida de ellas cuando se dan determinadas relaciones. Detengámonos primero en una consideración física, la que parece más accesible a la intuición y a una indagación material. Entonces descubrimos que la forma está dada no sólo por la calidad de las partes aisladas, sino además por su organización, por su disposición, por sus relaciones. Descubrimos que las mismas unidades pueden estar organizadas en formas diferentes, y que una forma se repite cuando las unidades se dan en un mismo orden. Y descubrimos que las estructuras vivientes se dan vinculadas en forma definidas y en un alto grado de orden. Busquemos un fundamento de estas ideas en alguien competente. En su libro *¿Qué es la vida?*, Schrodinger se ocupó, según dice en el prólogo, como físico sin prejuicios, de la caracterización de lo viviente. Llegó a la conclusión de que lo vivo está caracterizado por ser un sistema abierto de alto grado de orden en que, sin embargo, la entropía no aumenta. Este resultado lo vio claramente relacionado con la necesaria manifestación de lo viviente en formas definidas, pues la conservación de la entropía equivale, como dicen los físicos, a la conservación del grado de orden, y ese alto grado de orden de lo viviente se manifiesta espontánea y necesariamente como forma. Sabemos que con la muerte el sistema antes vivo y ligado a una forma queda sometido a un aumento de la entropía y así termina transformándose en materia amorfa que pasa a pertenecer al reino mineral. En los conceptos de conservación de la entropía y del grado de orden y en los de orden y

forma, veo en verdad distintos aspectos, íntimamente vinculados entre sí, de un mismo fenómeno. De esos aspectos, los dos primeros, entropía y grado de orden, han sido objeto de la investigación de la física, los otros, orden y forma, pertenecen a la morfología. Desde este punto de vista, la morfología se ocupa de una manifestación fundamental, a mi juicio, necesaria, de la vida, a saber, de la forma, de la forma como expresión del alto grado de orden ligado a los sistemas vivos. Como ejemplo de una alteración de la forma y de las perturbaciones funcionales que involucra la pérdida de un tal ordenamiento, quisiera citar un párrafo del texto de patología general del profesor Barahona donde se refiere a ciertas alteraciones de las mitocondrias. Dice: "En esta etapa se produce una nueva alteración mitocondrial, a saber: la lisis de las crestas mitocondriales, lo que se denomina cristolisis. En este estado se ha podido demostrar una disminución de la velocidad de las reacciones oxidativas productoras de energía, es decir, de ATP. La célula se encuentra en insuficiencia metabólica. En el condrioma hay una disminución de la concentración de enzimos. La alteración metabólica se explica no tanto por una modificación de los enzimos, sino más bien por una difusión de ellos en el citoplasma con pérdida de su ordenamiento". Estas líneas muestran que lo medular de las ideas antes expuestas estaban en la mente del profesor Barahona hace once años cuando apareció el texto referido.

Sigamos avanzando hacia una consideración un tanto más abstracta. La forma representa algo nuevo y sintético respecto a las partes. El objeto de forma propia, "el todo", como dice el aforismo, "es más que la suma de las partes". En este aforismo, "suma" significa simplemente el conjunto de las partes, no una relación definida, la de la adición como pudiera entenderse. Vemos entonces que no es posible reconstruir el todo partiendo de los componentes aislados si no se dan o descubren las relaciones en que deben estar. Y ahora advertimos que para esa reconstrucción, de entre las muchas relaciones posibles entre las partes, han de considerarse precisamente aquellas que se dan en el todo. Y así concluimos que el conocimiento de un objeto no está dado sólo por el de sus partes aisladas, sino además por el de las relaciones de éstas; y que en la búsqueda de esas relaciones no podemos prescindir de una representación del todo, y que la caracterización de ese todo por una forma constituye una visión sintética. Lo expuesto permite comprender la limitación de esa tendencia analítica extrema que parece asentada en el supuesto de que es posible definir los fenómenos patológicos por alguna calidad particular de algún componente aislado por pequeño que fuera. Pero hay otra razón por la que este camino puede volverse muy intrincado: en la misma medida en que se profundiza el análisis, los elementos constitutivos van apareciendo con mayor similitud entre sí, hasta que, en último término, todo lo material aparecerá compuesto de las mismas partículas elementales de la física. Sí, la manera de pensar del morfólogo es, al contrario de lo que suele creerse, esencialmente sintética porque no puede prescindir de la consideración de la forma, de la forma y su significado, esto es, de la GESTALT. Esta visión de síntesis morfológica se percibe nítidamente en los escritos del profesor Barahona.

Pero el sendero no ha terminado. Al adentrarnos más en él, se eleva por sobre las ciencias particulares, y la altura nos da una visión panorámica. Desde aquí la forma se nos presenta primero como una propiedad inmanente

de la materia, como un principio que hace posible percibir las cosas y que hace que las cosas sean lo que son. Estamos por sobre el territorio de la física. En el campo de la biología divisamos desde aquí la escuela organicista, la construcción, la emergencia de la forma, la epigénesis. Demos un paso más. Abajo está el mundo de las matemáticas, arriba, el de las ideas. Ahora las formas se nos presentan como ideas autónomas cuyas siluetas se traslucen borrosas en los cuerpos. La forma se ha desprendido de la materia. Y desde aquí vemos en el campo biológico la morfología idealista, la teoría de los tipos, el preformismo. ¿Pertenece todo esto sólo al pasado? ¿Preformismo o epigénesis? ¿Qué es el programa genético, una construcción o una idea?

Hemos caminado un trecho siguiendo a la mente del profesor Barahona. El condujo a sus discípulos hasta los umbrales de la anatomía patológica, y desde allí, con prudencia paternal, los fue dejando caminar libremente. Hay en todos los senderos. Queda mucho que recorrer con esa mente por su riqueza y profundidad y por los tantos discípulos en que sigue viva.

Homenaje de despedida al Profesor Dr. Ramón Ortúzar E.



Dr. Arturo Jarpa G.

Cuando alguien se aleja de nosotros, naturalmente lo vemos en otra perspectiva. Cuando una persona está junto a nosotros, sólo lo vemos a él, impidiéndonos así una visión completa. En la misma forma, su palabra ocupa nuestro poder de audición. Nos puede dar mucho, pero especialmente llena un instante.

Cuando una persona se aleja, su imagen penetra más plenamente en todo nuestro ambiente; lo vemos en relación a todo nuestro entorno; comparte nuestro ser en todas las capacidades de nuestros sentidos, muchas veces en forma insensible. Es así como se prolongan en nuestras vidas, enriqueciéndonlas, nuestros padres, nuestros maestros y las otras personas que nos han dado el verdadero amor.

Será fácil para el profesor Ortúzar, que es montañista, imaginarse que ascendió, con cada uno de nosotros, una alta montaña. Con algunos llegó a la cumbre, con otros a diversas alturas, pero a todos nos ayudó, con mano fuerte y cariñosa. Cuando el ascenso se hacía más difícil, su voz fue siempre de aliento y a todos nos dejó el deseo de proseguir la ascensión.

Lo vemos hoy alejarse de nuevo hacia el valle; merece sentarse junto a un río que arrulló generaciones de su estirpe y que tal vez fue el primero que le indicó el ascenso de fuerzas y permite entregar a los demás una mayor fecundidad.

Al alejarse por el valle, podemos apreciar el camino que todos hemos hecho junto a él, en oportunidades por sendas separadas, pero sabíamos que llevábamos la misma luz y que él siempre nos daría de la suya, si la necesitábamos, gozoso de hacerlo.

Al mirar la senda recorrida, nunca lo vemos solo, porque siempre compartió. Lo vemos apoyarse, al inicio, en un serio compañero de jornada, el profesor José Manuel Balmaceda, de quien seguramente recogió el mandato: "Enseñar con amor", y luego, marchar asistido por alguien casi tan joven como él, que miraba muy profundamente y hablando poco decía mucho, me refiero al profesor Gabriel Letelier. Posteriormente aparecen otras personas seducidas por esta marcha en un terreno nuevo, en que van sembrando semillas jóvenes, en tierra que ellos prepararon y eran ellos mismos. Vemos a Pedro Schüller, Pablo Thomsen, Enrique Montero, Víctor Maturana, Pablo Atria y Santiago Raddatz, entre otros. Pero su compañero más fiel y seguramente más querido fue el pequeño grupo de alumnos que disfrutaba con él la ciencia y el arte de la medicina, junto al enfermo. Es en esta acción, propulsada por él, en la enseñanza clínica de la medicina chilena, donde más se destaca el maestro, porque produce esa amistad, que es toda una entrega y que mejora al enfermo y perfecciona al alumno. Aquí nace la amistad que definieron los romanos en una escultura de mármol, con la leyenda: "De cerca y de lejos", porque siempre está presente y dura eternamente. Es en este conjunto de docente, alumno y enfermo donde llega el espíritu de Cristo, al invocarse en la acción de servicio en nuestra Católica Universidad.

Las capacidades y virtudes del profesor Ortúzar no podían quedar escondidas en el seno de la Escuela, y es así, como muy joven, fue nombrado presidente de la Sociedad Médica y posteriormente Decano de la Facultad de Medicina. En todas partes dejó un recuerdo de caballerosidad, eficiencia y gran espíritu universitario.

En su camino, aunque nos parezca curioso, también aparecen acciones en política contingente. Era joven, impetuoso, y en una oportunidad un destacado hombre público, que posteriormente fue Presidente de la República, le faltó el respeto debido en una acción electoral. Su respuesta fue rápida y con potente golpe de izquierda lo derribó al piso. No sabemos si esto contribuyó a que esta persona, cuando era Presidente de la República, alejara prudentemente al ala izquierda de sus partidarios de toda acción civil. Si así fue, mucho tiene que agradecer esta República al profesor Ortúzar.

También lo vemos como caballero quijotesco arremeter contra los molinos de la investigación científica que pudiera menospreciar la clínica y señalar el peligro que podría constituir la entrada de la mujer en los estudios médicos, que difícilmente podría dedicar todo su tiempo a esta ciencia-arte, que para él era absolutamente absorbente. Su valor moral le exigió ser así y exponerse a los rudos golpes de las aspas de los molinos. Nuestro caballero continuó su camino y notable fue su disquisición sobre el riesgo del empleo desmesurado de la tecnología en el arte del diagnóstico clínico.

Mucho han contribuido sus pensamientos, palabras, actitudes y acciones en esta Escuela y Facultad que hoy vemos grande. Su gran amor fue la medicina interna, que podría aparecer en riesgo de disminuir o desaparecer, reemplazada por el crecimiento de las diversas especialidades clínicas. Debemos pensar que de un árbol fecundo puede nacer un bosque y que cada uno de los árboles que lo constituyen tiene todas las características y frutos del primero. Estoy seguro de que será así.

Un médico de esta Escuela puede tener muchas facetas, en oportunidades, lamentables caídas; pero en su estructura interna, forjada en noble

metal y en constante renacimiento y perfección, las características de caballerosidad, estudio, trabajo, desinterés, preocupación permanente por el bien del enfermo y transmisión del conocimiento, que le grabó el profesor Ramón Ortúzar, siempre se destacarán.

Damos fe, recordando nuestro milenario juramento hipocrático, que el profesor Ortúzar ha cumplido plenamente y debe tener el "goce a la par por la vida y el arte, con buena reputación entre todos los hombres y por todos los tiempos". Su mejor premio será la voz de los enfermos que él asistió y de los que sus discípulos atendieron que repetirán agradecidos: "Que Dios se lo pague".

NOTA BIOGRAFICA

Doctor Arturo Jarpa Gana.

Ver "Educación Médica" Nº 2, 1984, p. 64.

Respuesta del Dr. Ramón Ortúzar E.



Dr. Ramón Ortúzar E.

Estimados amigos:

Agradezco a todos ustedes su presencia en esta ocasión con que me despiden al alejarme de la Universidad. Agradezco especialmente a Arturo los términos en que se ha referido a mi persona y a mi labor en nuestra Escuela de Medicina.

Inicié mi carrera docente en ella como ayudante en 1934, cuando tenía sólo dos cursos y 60 alumnos. Han sido 52 años, toda una vida, en la cual nunca me arrepentí de haber elegido la Medicina como mi profesión, la enseñanza de ella como vocación y la Universidad Católica como mi lugar de trabajo. Creo haber llevado siempre con orgullo su "camiseta", en todas las posiciones que en ella y fuera de ella me ha correspondido desempeñar.

De todo ha habido en este largo caminar. Días luminosos, con atmósfera pura, y días brumosos, sombríos y aún de plena tempestad. El camino mismo ha sido habitualmente suave, con flores y trinos en su entorno, pero también ha habido trechos difíciles, con precipicios inquietantes y aullar de lobos en sus inmediaciones.

Hoy miro hacia atrás, y el balance me parece positivo. Los miles de jóvenes que fueron mis alumnos, hoy médicos a lo largo de todo el país y en el extranjero, y muchos de ellos en posiciones de gran responsabilidad, así lo hacen pensar. Entre ellos están ustedes, todos ustedes, y en sus manos está el que nuestra Facultad siga conservando la posición señera que hasta ahora ha tenido. No os desviéis de la línea seguida, no os dejéis atraer por el espejismo económico en perjuicio de las obligaciones académicas; sabed mantener el justo equilibrio entre ellas y el ejercicio privado,

procurad no deslumbrar a los alumnos de vuestros conocimientos. Seguid dándoles el ejemplo no sólo de ser hombres sabios, sino también, y lo que es más difícil, de ser hombres buenos.

Este es el consejo que con fervor os entrego al dejaros, y pido a Dios que os ayude en ello.

Diciembre 16, 1986

NOTA BIOGRAFICA

Profesor Doctor Ramón Ortúzar Escobar.
Ver "Educación Médica" N° 3, 1985, pág. 25.

La Pontificia Universidad Católica de Chile,
en su primer centenario, saluda a la
Universidad de Colonia en la celebración de
sus 600 años.

Ambas se unen fraternalmente a través de
San Alberto Magno, Patrono de las Ciencias.

